

# ¿Por qué hablar?

■ ■ Daniela G. Quintanilla-Merino\*

Los filósofos Deleuze y Guattari (1973) nos llamaron máquinas deseantes, y a nuestros deseos los señalaron como responsables por el devenir de la tradición humana. Así como la naturaleza desea alimentarse de los rayos del sol y crece alto para asegurar su porción, o desea saciar su sed con cálida lluvia y expele vapor que se convierte en agua, el sujeto desea y entonces produce. Sin embargo, tal como *yo* deseo, *nosotros* también deseamos, igual que *ellos* desean; y así como en la naturaleza los flujos de deseo se organizan en la biosfera, en la sociedad existe la *semiosfera* (Lotman, 1996). Con esto se establece que nuestros deseos se traducen en significados cuando los materializamos al producirlos, entonces organizamos signos.

La palabra es la mejor representación del signo (Raiter y Zullo, 2004); vale decir que con palabras construimos nuestra realidad. Sin embargo, en el mundo extendido, el territorio que ocupamos racionalmente los seres humanos, existen varios y diversos universos de palabras, de realidades y aún, de “nosotros”. La tarea de nombrar para organizar y aprehender lo que nos atañe es también extendida, y en su consecución muchas ficciones se han configurado. Todas estas líneas de sentido atraviesan el mundo, delimitando y circunscribiendo el terreno que habitan, en el que actúan y sobre el cual tienen jurisdicción. Esto implica bordes que separan pequeños mundos dentro del mundo, donde se encuentran subjetividades e intercambian sus valores; donde hoy se funde con mañana.

Cada uno de estos grupos representa una realidad específica: Existe una frontera (Lotman, 1996) entre un hijo y su madre, tanto como entre la familia que ellos forman y el resto que habita una ciudad, igualmente entre ciudades y así sucesivamente. Las palabras que todo ser social produzca y reproduzca dependerán

necesariamente de los deseos que lo motiven, los cuales, a su vez, responderán a la realidad (general y particular) que los contiene y da forma dentro de su margen. Estas palabras nos darán claves acerca de la ideología de los sujetos, pues pintan con sus letras el paisaje de la representación del mundo que aquellos perciben e interpretan. Este proceso de percepción e interpretación de la realidad es producto del sitio que cada quien ocupa en el orden social que se ejerce sobre los cuerpos a lo largo de la historia, en tanto determina el tipo de relaciones en que se incluye el sujeto dentro de la producción de bienes y su distribución social (Raiter y Zullo, 2004). En la actualidad, por ejemplo, el orden social que nos determina es el capitalismo tardío.

La producción lingüística responde a esta organización determinada de los flujos de deseo, que delimita el carácter de las interacciones cotidianas que un sujeto sostiene con otro (Raiter y Zullo, 2004), es decir, da forma al corte de sus interacciones, a lo que cada uno dice. Sólo la existencia de la semiosfera termina por materializar el habla; no podemos hablar de lo que no entendemos. Por lo tanto, la extensión de nuestra lengua nos limita literalmente, así como la corporalidad nos sitúa en un contexto. En *El Cuerpo de la Obra*, Víctor Fuenmayor (1999) explicó esto más poéticamente: “nadie puede ver el mundo si no es desde sus propios ojos”; vale decir que, de los deseos que habitan en nuestro interior, hablará nuestra boca.

De ahí la necesidad de atender al lenguaje partiendo desde el motor de su constante evolución: la voluntad sensible del sujeto. La posibilidad de intervenir en la lengua responde a un mecanismo de isomorfismo que funciona mediante un intercambio de semejanzas y diferencias (Lotman, 1996). Esto implica que, al interactuar, un cuerpo le presenta a otro de qué está hecho, le narra su origen, le marca sus límites y sugiere posibles realidades o tangentes a donde podría dirigirse el evento; la función ideológica que dio lugar a los signos con los que cada uno construye su repertorio de significación (Raiter y Zullo, 2004), se vuelve evidente.

\* Estudiante de la Licenciatura en Edición y Gestión de la Cultura de la Facultad de Filosofía y Letras-UANL. Sus temas de interés son el espacio urbano inclusivo y las relaciones interculturales en México.

Entonces, hay que chocar mundos para romper horizontes. La creación de una nueva lengua, que infiera la realidad de un nuevo orden de significación, depende del alcance de la competencia comunicativa de los sujetos. El tipo de isomorfismo que se da al producir signos esencialmente nuevos funciona como la reproducción de la especie en la naturaleza: dos semejantes, con algunas (marcadas) diferencias entre sí, forman un tercero que les procede. Sin embargo, esta unión debe ser armónica, destinando espacio para elementos propios de ambos códigos originarios dentro del que sea creado como producto del encuentro. Este proceso de aprehensión de nuevos signos es único en cada instancia, en tanto crea un puente donde no existía comunicación entre fronteras; nos revela algo que antes era invisible a nuestros ojos a causa de constituir parte de la materia alosemiótica ubicada fuera del horizonte de nuestro mundo (Lotman, 1996).

Al intercambiar signos seguimos un camino que nos lleva inevitablemente, a través de los tropezones de la alteridad, a encontrar coincidencia. Finalmente, hacemos catexis con lo desconocido y nos relacionamos con el nuevo signo; se vuelve parte de nuestra lengua. Los distintos encuentros que suceden dentro de una sociedad, involucran los deseos asociados a las funciones ideológicas que sostienen nuestros signos, en un estira y afloja que modifica nuestra manera de concebir aquella ideología, por lo tanto, afecta nuestros signos; a veces, aunque la palabra que los encarna no varíe su forma. Podríamos pensar en cuando por fin, lees un libro que conecta contigo y dejas de pensar en la lectura como algo tedioso, para en cambio, enamorarte de ella. O como cuando te rompen el corazón y enamorarte deja de sonar como algo agradable.

Cuando los signos de afuera (los que componen el descubrimiento de un buen libro o de un potencial compañero romántico) logran asirse a los bordes de los signos de adentro, a través del proceso que desarrolle la experiencia de choque, adquieren un significado determinado. El resultado del valor del nuevo signo para un sujeto u otro, depende directamente del proceso (el deseo, o la función) que genera el espacio que lo alberga. Entonces, cuando la experiencia de intentar intercambiar significados románticos con alguien que no logra conectar los nuestros a los suyos nos decepciona, enamorarnos también nos decepciona.

Cada una de estas experiencias, a lo largo de nuestra vida (que supone un camino repleto de interacciones con lo otro), nos forma como sujetos. La necesidad constante de organizar los signos externos conforme a los internos, resulta en una evolución del ser conforme a los encuentros que la normatividad de uno, experimente con lo alterno de otro. Recuerda al proceso de aprendizaje que sucede durante la etapa de los estudios universitarios, cuando un alumno acude a una facultad especializada en un tema en particular, donde expertos le proporcionarán las claves para comprender todos los signos referentes al tema en cuestión. En la universidad enseñan conceptos que le dan forma a un área de la tradición del conocimiento humano; construyen un panorama de su realidad por medio de las palabras que, en la superestructura, le dan forma a su base (Raiter y Zullo, 2004). Así, conoces las palabras que forman el mundo de un doctor, o de un administrador, filósofo o abogado y, por lo tanto, te conviertes en el personaje que las letras esconden; dependiendo de qué tantas fronteras logres conquistar.

Siguiendo la línea lógica de esta idea, los sentidos con mayor auge en una sociedad serán los que se difundan más ampliamente. Esto indica una necesidad urgente de gestionar la organización actual hacia la posibilidad del desarrollo de códigos “subalternos”, que ahora permanecen ocultos bajo la sombra de la hegemonía. Pensar en reciclar en vez de contaminar, conservar en lugar de consumir, incluir y no excluir, representar en lugar de discriminar, etcétera.

La única forma de atender a esta añorada transformación, aún en suspenso, es hablando. Hablando más, hablando entre nosotros; entre *todos* nosotros. Hablando feo, hablando mal, hablando de lo que nadie quiere hablar; dándole espacio a lo distinto primero en nuestras mentes, para que eventualmente se traduzca en la producción de realidades materiales. Hemos de hablar lo posible hasta realizarlo, sin temer cruzar los límites de las barreras imaginarias que percibimos; hablar lo que no debemos, atreverse a nombrar lo innombrable. Pero antes, debemos desearlo.

Seremos testigos de una verdadera transformación cuando logremos encausar nuestro deseo en la misma dirección, cuando coordinemos nuestros aprendizajes y desaprendizajes para formar la estructura sobre la cual deseamos construir

nuestra vida mañana. El resultado de nuestra filosofía del lenguaje depende directamente de lo que usemos para nutrir nuestra conciencia (Raiter y Zullo, 2004). Entonces, un buen lugar para empezar es desear acercarnos al otro, desear que se den los espacios que permitan una interacción horizontal entre sujetos, para que las significaciones que se produzcan no excluyan a ninguna de las realidades presentes en su configuración. Desear hablar para entendernos, para conectarnos. Esta certeza debería verse reflejada en el habla de la sociedad que conformamos, pues después de todo, nuestra lengua somos nosotros, y es tarea nuestra hacer que lo parezca más.

## Referencias

- Deleuze, G. y Guattari, F. (1973). *El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Paidós.
- Fuenmayor, V. (1999). *El Cuerpo de la Obra*. Instituto de Investigaciones Literarias y Lingüísticas de La Universidad del Zulia.
- Lotman, I. (1996). *La Semiosfera. Semiótica de la cultura y del texto*. (Trad. Desiderio Navarro). Ediciones Cátedra.
- Raiter, A. y Zullo, J. (2004). *Sujetos de la lengua. Introducción a la lingüística del uso*. Gedisa.

